

## La puntualidad

El día en que murió Jesús Álvarez, el más famoso presentador del momento de Televisión Española, el telediario de las tres empezó a la tres. España era entonces un país en blanco y negro en el que lo único puntual eran la misa, el fútbol y los toros, y en el que los telespectadores de la única televisión se situaban a las tres frente al televisor y a la tres veían un reloj con soniquete que movía el segundero a intervalos iguales, lo mismo que veían hasta las tres y cuarto o las tres y veinte, hora en la que finalmente aparecía el trajeado presentador para, ineludiblemente, dar noticia de los horrores de fuera y de las bondades de dentro. El día en que murió Jesús Álvarez, como último homenaje en su honor, según dijo el presentador de aquel día, el telediario de las tres empezó a las tres, y fue tan grande la sorpresa que tal puntualidad provocó en el respetable que hasta un desmemoriado como yo lo recuerda.

Desde entonces hasta hoy han cambiado bastante las cosas. Y casi siempre a mejor. No hay más que leer las opiniones que se vierten en los distintos periódicos para ver el cambio político, no hay más que asomarse al mirador de la calle para ver el cambio material y no hay más que ponerse a ver el telediario de las tres y comprobar que empieza a las tres para ver el cambio de costumbres. Como a mi juicio no hay mejor indicador de la formalidad que la puntualidad, me parece innegable que España es ahora un país más serio y más digno de respeto que antes. Ello no quiere decir que en lugares, actos y ambientes poco proclives a la formalidad se conceda la dilación de unos minutos –bastantes, muchas veces– mal llamados de cortesía para que puedan incorporarse al acto los más rezagados, lo que supone faltar al respeto a los cumplidores y premiar a los incumplidores, esto es, hacer que la próxima vez vayan tarde los cumplidores y mucho más tarde los incumplidores de siempre.

Si escribo esto, es porque me llamó la atención que el viernes, 4 de enero, el *Auto Sacramental de los Reyes Magos* de El Viso, que estaba previsto para la ocho de la noche, empezara a las ocho en punto. Me he alegrado mucho de ello porque en nuestra comarca la puntualidad es una virtud poco conocida. Esta

informalidad es principalmente aplicable a casi todos los actos culturales y recreativos: las representaciones teatrales, las proyecciones de cine, los certámenes, las presentaciones de libros, de discos o de exposiciones, los concursos, los cantos, los bailes y así hasta un largo etcétera están programados para una hora y acaban celebrándose a otra, para castigo de puntuales y gozo de quienes tienen el reloj de adorno o les da lo mismo las ocho que las ochenta.

La regla general es que toda certidumbre quebrantada acaba en estafa. El regateo me sirve de ejemplo: el que haya obtenido una bajada del precio tras un regateo nunca tendrá la certeza de no haber sido engañado o en el producto o en el precio, esto es, estafado. Estafado es también el que creyendo que la reunión empieza a las ocho se presenta a las ocho para asistir a una reunión que, finalmente, empieza a las nueve porque uno de los convocados es un impuntual, pues lo que ha hecho el impuntual entre las ocho y las nueve lo ha dejado de hacer el puntual, muchas veces sin recibir una disculpa.

Juan Bosco Castilla